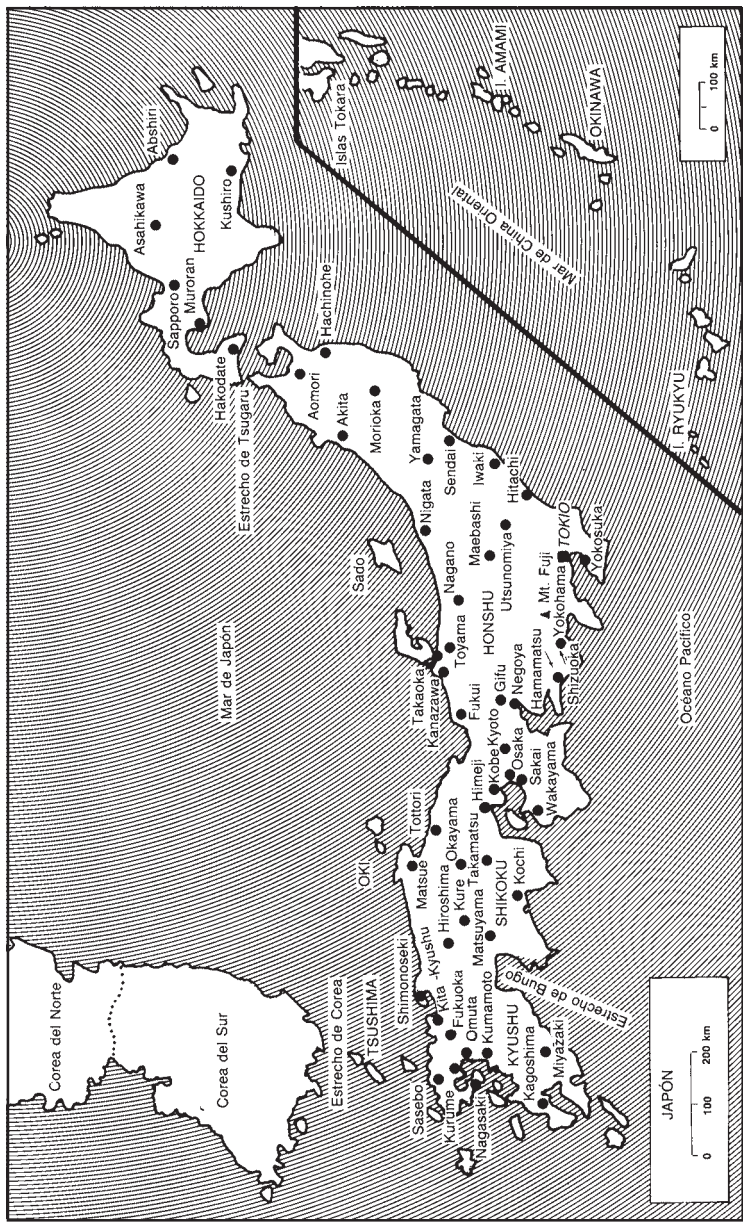




JAPÓN





## JAPÓN EN 2002

ALFREDO ROMÁN ZAVALA  
*El Colegio de México*

El año 2001 marcó un punto de no retorno en la política de defensa de Japón y, en general, en sus relaciones geopolíticas con el exterior. Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, y el posterior bombardeo a Afganistán, fueron los componentes necesarios para que Japón representara un papel más activo en la seguridad internacional. El 11 de septiembre hizo que muchas naciones se vieran forzadas a revisar las estrategias de seguridad nacional para combatir el terrorismo internacional; Japón no fue la excepción.

La reacción inicial de Tokio ante los ataques en Nueva York fue mucho más lenta de lo que se pensaba. El primer ministro, Junichiro Koizumi, dio una conferencia de prensa un día y medio después de los ataques, en contraste con otros líderes mundiales, quienes respondieron incondicional e inmediatamente al llamado estadounidense para luchar contra el terrorismo. Hace una década, por cierto, la respuesta de Japón a la Guerra del Golfo Pérsico en 1991 también le acarreó severas críticas internacionales. Pero, en ese entonces, Japón actuó de acuerdo con su tradicional alejamiento de los conflictos internacionales, con apenas una contribución monetaria (13 mil millones de dólares), y un discreto aporte a las Fuerzas de Pacificación de las Naciones Unidas con dos dragaminas enviados al océano Índico.

En ocasión de la política japonesa posterior al 11 de septiembre, y a pesar de los evidentes titubeos iniciales, el gobierno japonés fue más expedito en sus acciones de apoyo contra el terrorismo para permitir que las Fuerzas de Auto Defensa (FAD) apoyaran a Estados Unidos en su campaña militar. Para ese propósito, la Dieta japonesa sólo se tomó tres semanas en aprobar la

Ley Especial Antiterrorista y enmendar la Ley de la Fuerzas de Auto Defensa (sólo 62 horas de debate en ambas cámaras).

Para efectos de una mayor comprensión, conviene recordar las generalidades de la ley aprobada en octubre de 2001. En ese mes, la Dieta aprobó la ley antiterrorista que permitió el envío de soldados, marinos y pilotos japoneses a combatir en el exterior por vez primera desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La ley incluyó, entre otros aspectos, el transporte de municiones y el otorgamiento de servicios médicos en los hospitales de batalla, así como la ejecución de actividades de rescate para el personal militar en caso de necesidad.

Si bien la ley anterior, aprobada en 1999, permitía a las FAD proporcionar apoyo logístico de emergencia a Estados Unidos en “áreas circundantes de Japón”, la nueva ley de octubre de 2001 dio a las FAD un alcance global a su participación, de manera que pudieran operar en cualquier parte del mundo. A sus integrantes también se les permitió el uso de armas para su auto-defensa y para la protección de aquellos a su resguardo. Al mismo tiempo, la Cámara Alta aprobó la ley que permitía a las FAD proteger a las bases estadounidenses estacionadas en Japón y aprobó —en franca alusión al hundimiento de un barco de nacionalidad hasta entonces desconocida por la Guardia Costera a fines de 2001— que la propia Guardia disparara a aquellos buques que invadieran las aguas territoriales japonesas.

De esta forma, si se comparan los lapsos para que la Dieta aprobara la participación de la Fuerzas de Auto Defensa en los últimos años, se advierte que las deliberaciones sobre la ley para tomar parte en las fuerzas de pacificación de la ONU, en junio de 1992, tomaron aproximadamente nueve meses (193 horas de debate en tres sesiones de la Dieta). Posteriormente, en 1999, las deliberaciones tomaron cerca de un año (160 horas también en tres sesiones de la Dieta) para promulgar las tres leyes de defensa que permitieran a las FAD proporcionar el apoyo logístico a las fuerzas estadounidenses, en casos de emergencia, en las “áreas circundantes a Japón”. También en diciembre de 1999, la Dieta aprobó una enmienda a la ley de funcionamiento de las fuerzas de pacificación de 1992, dando mayores poderes a las FAD para participar en la pacificación de la ONU, permitiéndoles el uso de armas para la protección de los miembros pacificadores de otras naciones.

## JAPÓN, UN PAÍS HOSTIL

Lo cierto es que, para 2002, la política exterior japonesa se encontró ante un campo inexplorado en términos diplomáticos, de mayores compromisos políticos y de una más amplia participación armada en el escenario internacional. Su histórica reticencia a desempeñar un papel activo en la política internacional comenzó a modificarse a la par de los nuevos retos que representaban las recientes realidades internacionales.

En ese sentido conviene señalar que, a lo largo de la última década, la opinión pública en el país ha ido cambiando desde que el primer contingente de las FAD fue enviado a Camboya en 1992 y desde que, de entonces a la fecha, ha tomado parte en 16 misiones extranjeras auspiciadas por la ONU. De esta forma, la opinión en los últimos años, de acuerdo con encuestas realizadas por periódicos japoneses, ha mostrado que aproximadamente 80% de quienes respondieron a las encuestas relacionadas con la participación japonesa en los contingentes de la ONU, apoyan la participación de las FAD en las Operaciones para el Mantenimiento de la Paz. Por el contrario, aquellos que creían que Japón no debía entrometerse en los asuntos militares, fueron aproximadamente 2 por ciento.

No obstante, si bien la relación con los Estados Unidos se ha ido transformando paulatinamente, aún no acaba por definirse la forma ni las dimensiones de la asociación entre ambos países en el futuro cercano. Acaso se esté forjando un Japón con muchas más libertades discrecionales para actuar en materia militar en el Este de Asia de manera que refuerce el dominio de la superpotencia mundial estadounidense a raíz de los atentados del 11 de septiembre. En este aspecto, el gobierno japonés simplemente ha respondido según las circunstancias del momento y, aunque reticente al principio, se ha mostrado lo suficientemente obediente y disciplinado ante las demandas del gobierno estadounidense.<sup>1</sup>

La diplomacia desplegada por el gobierno japonés durante 2002 proporcionó algunos indicios en ese sentido, y en riguroso apego a las estrategias estadounidenses, para consolidar su predominio en el ámbito mundial. El hecho de enviar un destructor tipo Aegis se discutió a lo largo del último año,

<sup>1</sup> “En el fondo la ley consiste en saber si creemos que los ataques terroristas de NY fueron únicamente problemas de otros o también fueron problemas nuestros; consiste en saber si podemos compartir nuestra pena y nuestra ira con el pueblo de Estados Unidos”, fueron las palabras del primer ministro japonés ante la aprobación de la ley.

desde que la ley especial fue promulgada en octubre de 2001, para apoyar la lucha contra el terrorismo. Vale mencionar que la mayoría de las veces en que el gobierno estadounidense le solicitó el envío, el gobierno japonés dio todo tipo de evasivas en virtud de las controversias que esa acción despierta en la política interna y en la aplicación de la Constitución japonesa.

Las controversias provienen del hecho de que un buque tipo Aegis tiene una capacidad reforzada para descubrir aviones, proyectiles y naves, al mismo tiempo que evalúa la información y ataca. Un buque del tipo Aegis puede rastrear aviones y proyectiles dentro de un rango de 500 kilómetros de radio —cinco veces el rango convencional—, puede rastrear sincrónicamente más de 200 objetos aerotransportados y es capaz de enfrentar, simultáneamente, más de diez blancos.

Hoy en día, y en los hechos, la información ya es compartida entre las Fuerzas de Autodefensa marítima (FADM) y los buques de Estados Unidos. Los destructores de la FADO del tipo Aegis, se unen por computadora a las naves de la Armada estadounidense y los datos compilados en las naves japonesas se envían a sus colegas americanos. Asimismo, la información de las naves estadounidenses se transmite a los buques japoneses. Esa “red militar conjunta” aumenta la posibilidad de que Japón esté, en la práctica, acudiendo al uso de defensa colectiva que prohíbe la propia Constitución japonesa. Esto también ha engendrado una fuerte oposición dentro de la coalición política gobernante, una razón más para que el gobierno no hubiera despachado, sino hasta el mes de diciembre, un buque tipo Aegis al océano Índico, a pesar de las insistentes solicitudes del gobierno de Estados Unidos.

La posición del gobierno estadounidense era que un buque del tipo Aegis, con su poderoso acondicionamiento, proporciona más alivio a la tripulación frente al calor de la región y facilita la rotación de buques en ciclos de cinco por mes. Esto, sin embargo, no era una razón suficiente para justificar una posición para el envío. La Agencia de la Defensa Japonesa argumentaba, por el contrario, que, si bien se prohíbe legalmente apoyar un ataque en Irak, el área de abastecimiento japonés para Estados Unidos y las fuerzas británicas es de aproximadamente 2 000 kilómetros de distancia de Irak y que la información compartida con la Armada americana no se ajustaba a un ejercicio de autodefensa colectiva.

En realidad, la razón principal para que el destructor de alto rendimiento fuera enviado radicaba en la posibilidad de una guerra estadounidense en Irak. En ese sentido, el dilema para el gobierno japonés consistía en que no podía decirlo de manera abierta, ya que no había evidencia concluyente de

que la ley antiterrorista promulgada en octubre de 2001 tuviera una relación directa con la guerra estadounidense en contra de Irak. En esas circunstancias, la ley de antiterrorismo existente no mantenía una base legal si se apoyaba una incursión militar anti Irak.

Aprobar una nueva ley únicamente para este propósito, sin embargo, no era una opción realista, pues la acción militar estadounidense contra Irak podía terminar cuando tal legislación hubiese sido promulgada. De esa manera, una vez que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución en Irak en noviembre, el gobierno japonés, junto con la coalición gobernante, intensificó las discusiones para establecer cómo debía responder Japón ante el eventual ataque militar de Estados Unidos en Irak. De ahí, Japón extendió la duración de la misión de Fuerza de Autodefensa Marítima en el océano Índico, que expiraba el 19 de noviembre bajo la Ley de Antiterrorismo, por seis meses más. Además, se añadió que Japón continuaría abasteciendo las naves de Estados Unidos y Gran Bretaña, pero que ellas se sumarían a los buques australianos como parte de sus contribuciones al antiterrorismo.

No obstante, la idea oficial dentro del gobierno japonés fue que un destructor de tipo Aegis debía despacharse antes que fuera demasiado tarde para acallar la crítica del gobierno estadounidense y que su expedición fuera lo suficientemente oportuna a la luz de la campaña antiterrorista estadounidense.

En todo caso, el gobierno japonés evitaba, hasta lo último, definir su posición respecto a un ataque a Irak, señalando que no podía concebir una política basada en asunciones hipotéticas y que, según el primer ministro, era “demasiado temprano para que Japón exprese su posición para apoyar una acción militar contra Irak”. Sin embargo, la decisión para enviar un buque tipo Aegis, en diciembre de 2002, sin explicaciones gubernamentales suficientemente persuasivas, fue equivalente a apoyar incondicionalmente a los estadounidenses en su intención de atacar a Irak. La decisión del envío del destructor Aegis buscó complacer a Washington, que había estado pidiendo insistentemente el destructor a Tokio.

No sorprendió, en esas circunstancias, que días después de la decisión para enviar el Aegis, el vicepresidente iraquí Taha Yassin Ramadan haya calificado a Japón como un país hostil a Irak, justo en el mismo nivel que Estados Unidos y Gran Bretaña. Ramadan —en una reunión en Bagdad con legisladores japoneses de oposición— expresó lo que probablemente es el comentario más áspero hacia Japón en los años recientes. El vicepresidente señaló que “Japón ha tomado una postura hostil y provocadora en contra de Irak”, describió la posición de Tokio en relación con Irak como “irracional”

y argumentó que Japón se había convertido en un “satélite” del gobierno de Estados Unidos.

#### PREVINIENDO UNA CRISIS CON COREA DEL NORTE

La administración del presidente Bush, al mismo tiempo que aceleraba sus planes para atacar a Irak, instruyó también al primer ministro Koizumi en ocasión de su visita al líder norcoreano Kim Song Il el 17 de septiembre. La visita de Koizumi se dio en el marco de la resolución del problema de los ciudadanos japoneses secuestrados en la década de los años setenta y de la búsqueda de la normalización de los lazos diplomáticos entre los dos países. El viaje de Koizumi sirvió, sobre todo, para cumplir el encargo del presidente estadounidense en el sentido de que Corea del Norte cooperara con las inspecciones sobre la producción de armas nucleares en ese país.

En efecto, antes de su visita a Corea del Norte, Koizumi visitó al Presidente Bush quien, además de pedirle su respaldo en relación con el problema de Irak y su “producción de armas de destrucción masiva”, le sugirió presionar a Corea del Norte para que desistiera de abandonar el acuerdo firmado en 1994 para regular el programa de desarrollo de reactores de agua ligera. Hasta septiembre de 2002, la administración estadounidense apenas había hecho comentarios acerca de las intenciones de Corea del Norte de abandonar el acuerdo. Sin embargo, ante las sospechas del gobierno estadounidense de que Corea del Norte reiniciaría su programa de producción de reactores nucleares, Japón, Estados Unidos y Corea del Sur coordinaron sus esfuerzos para tratar de convencer al gobierno norcoreano de abandonar ese programa y cualquier otro programa comprometido con el desarrollo de armas de destrucción masiva.

La reacción de Japón estuvo calculada para seguir el mandato del gobierno estadounidense. Así, el primer ministro Koizumi advirtió que la continuación del programa de armas nucleares por parte del gobierno norcoreano obstaculizaría los esfuerzos para normalizar los lazos bilaterales entre Japón y Corea del Norte. El primer ministro Junichiro Koizumi dijo “queremos que Corea del Norte tome las medidas para librarse de las sospechas sobre un programa nuclear en el futuro”. En la reunión entre ambos mandatarios se advirtió que la normalización de relaciones no prosperaría si Corea del Norte rompía su promesa de obedecer el acuerdo de 1994, y que una respuesta negativa reconsideraría el papel de Japón en la Organización para el Desarrollo



llo de Energía en la península que construye los reactores como parte del acuerdo mencionado.

Durante las charlas de los líderes, sin embargo, Corea del Norte garantizó la seguridad de las familias de los secuestrados japoneses y asumió la responsabilidad de esos secuestros, pero rechazó tajantemente dar mayores explicaciones de su programa nuclear “porque es Corea del Norte la que está siendo amenazada por los Estados Unidos”. Otros comentarios acerca de la conducta norcoreana habían ensombrecido ya las relaciones entre Japón y Corea del Norte. A principios del año, por ejemplo, el diputado norteamericano Richard Armitage había dicho que la nave no identificada que penetró el Mar de China Oriental, hundida después de un intercambio de fuego con la guardia costera japonesa en diciembre de 2001, pertenecía a Corea del Norte.

En respuesta a la posición asumida por el gobierno norcoreano, Estados Unidos solicitó a Japón un mayor esfuerzo en el desarrollo y despliegue de un sistema de defensa de proyectiles balísticos. El gobierno japonés, sin embargo, y no obstante su compromiso con Estados Unidos, se mostró renuente a llevar dicho programa de proyectiles a su fase de desarrollo debido al costo alto y a las críticas por parte de China y de Europa. Si este sistema fuera desarrollado, el costo total alcanzaría el billón de yenes.

#### EL DOCUMENTO BLANCO JAPONÉS PARA LA DEFENSA ESTADUNIDENSE

En agosto de 2002, apareció publicado el último Documento Blanco de la Agencia de la Defensa que utilizó cerca de 300 páginas para describir la situación militar actual mundial. En términos generales, la conclusión del documento se dirige a señalar que la inestabilidad mundial se encuentra latente después de los ataques terroristas y que Japón no puede permitirse el lujo de bajar la guardia ante cualquier eventualidad que ponga en peligro su seguridad nacional. El énfasis del documento identifica “las nuevas amenazas” aparecidas desde el 11 de septiembre y señala que los actos terroristas han llevado al mundo a una “nueva era de ansiedad”, agrega que la campaña contra el terrorismo representa un “nuevo tipo de guerra”.

En vista de esa redacción y la mención extensa de las iniciativas militares por parte de Estados Unidos, la impresión que le queda a quien intenta identificar el espíritu de ese acercamiento es que el documento es, en los hechos, un “documento blanco norteamericano” adoptado por el gobierno japo-

nés. Por ejemplo, en uno de los párrafos se menciona que “a través de esta campaña, los Estados Unidos han expresado a la comunidad global su poder avasallador como la única superpotencia real”. O bien: “en la segunda fase, la política americana consiste en instar a todos los países a combatir el terrorismo dentro de sus propias fronteras con los Estados Unidos entrenando a las tropas, proporcionando equipo y otros apoyos si es necesario”.

A lo largo de ese documento se subraya también la necesidad de vigilar la inestabilidad en materia de seguridad en la península coreana y que las dificultades con China aumentan el presupuesto de defensa, dando la impresión de que Estados Unidos, a través de Japón, se expone a una multitud de amenazas, “viejas y nuevas”. En realidad, el Documento Blanco sobre Defensa lo que hace es dar una visión oficial a las relaciones de estrecho vínculo que sostuvieron ambos países a lo largo de 2002 y que se ejemplifica con especial claridad en el caso del envío, al Golfo Pérsico, del buque destructor “Kirishima” con altas y sofisticadas capacidades militares.

#### LA RELACIÓN CON CHINA

Como parte de una estrategia para relacionarse más estrechamente con la región y, tal vez, previniendo el aumento de la presencia de la República Popular de China (RPCH) en la misma, el gobierno japonés inició 2002 buscando desplazar a la RPCH en el sudeste asiático. El viaje del primer ministro Junichiro Koizumi, en enero de 2002, sirvió para hacer pública su iniciativa acerca de un proyecto de largo alcance para estrechar los lazos económicos con los países miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN).

El proyecto Koizumi prevé el establecimiento de pactos de inversión, servicios, educación, turismo, ciencia y tecnología. Con su proyecto, Koizumi espera reunir inicialmente a Japón y ASEAN pero, en el futuro, incluirá a China, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda. De acuerdo con Koizumi: “la meta de Japón es crear una comunidad que actúe y se mantenga junta, como compañeros sinceros y abiertos”.

En realidad, las relaciones Japón-ASEAN se han venido conformando desde 1977, cuando el primer ministro Takeo Fukuda, por cierto el mentor político de Koizumi, perfiló su “doctrina Fukuda” en Manila, Filipinas. Así, en continuidad con el discurso de Fukuda, Koizumi declaró que Japón estará en la disposición de asumir un papel económico más activo en la región que aún se recupera de la crisis financiera de 1997. También afirmó la voluntad de su

nación para representar un mejor papel en lo que concierne a la seguridad en el Asia Oriental después del 11 de septiembre.

Como centro de su propuesta, Koizumi ponderó una “iniciativa para hacer de Japón y ASEAN una Sociedad Económica Comprensiva” que hiciera extensivo el tratado de cooperación económica Japón-Singapur a todos los miembros de ASEAN y mantuviera el papel de Japón en el desarrollo de Asia Oriental. Las propuestas, sin embargo, fueron demasiado vagas y Koizumi no clarificó cuándo podría materializar su iniciativa o qué campos debía incluir. En ese sentido, los líderes de ASEAN apoyaron su iniciativa de manera oficial, pero algunos la criticaron por carecer de detalles.

Cabe recordar que en las charlas de alto nivel con los líderes de ASEAN en el otoño de 2001, la República Popular China propuso que abriría su mercado para los productos tropicales, una categoría de las mayores exportaciones del Sudeste de las naciones asiáticas. China también decidió lanzar las negociaciones con ASEAN para concluir un acuerdo de libre comercio con los países de ASEAN para el año 2010.

El viaje de Koizumi mostró, en cambio, que Japón va muy atrás de China en lo que se refiere a acuerdos de libre comercio regionales y que dicho viaje sólo sirvió para formular una iniciativa sumamente vaga; esto porque, dentro de Japón, no ha habido, hasta ahora, ningún acuerdo consensual para promover los lazos económicos comprensivos con sus vecinos asiáticos. Los sectores agrícolas y de pesca, así como los miembros que representan esos intereses en la Dieta, se oponen a la competencia del mercado japonés con los productos extranjeros. En ese sentido, Koizumi debería haber hecho primero los esfuerzos necesarios para forjar un consenso dentro del país encaminado hacia la realización de su iniciativa para avanzar sustancialmente en sus propuestas para la región asiática.

Las dudas entre los principales líderes sobre el compromiso de Koizumi con la región permanecieron en el primer plano puesto que, desde abril, Koizumi puso todas sus prioridades en el fortalecimiento de las relaciones con Estados Unidos, con lo que dio la impresión de que en realidad no estaba interesado en reforzar los lazos con otros países asiáticos. Una prueba de ello fue que su visita en el mes de agosto al Templo de Yasukuni, en el centro de Tokio, que alberga los restos de los soldados caídos durante la Segunda Guerra Mundial, así como los de los criminales de guerra, tensó sus relaciones tanto con Beijing como con Seúl.

Vale señalar también que, aunque Japón ha sido por mucho tiempo el mayor donador de la región, su depresión económica a lo largo de una década-

da ha disminuido su política de ayuda al exterior, lo que ha provocado un recorte sustancial en su ayuda oficial al Desarrollo Oficial (ODA) en 10% en 2002; es decir, ha alcanzado un total de 910.6 mil millones de yenes. La iniciativa de Koizumi acerca de las intenciones de Japón para lanzar un FTA con ASEAN quedó, en ese sentido, en una “buena intención” dada la sensibilidad política que rodea el sector agrícola japonés altamente protegido.

En ese mismo sentido, y aunque Japón y Singapur firmaron un acuerdo para lanzar un FTA en enero de 2002, el pacto permite a Tokio mantener eficazmente sus aranceles en las importaciones agrícolas que constituyen sólo 4% del valor de las importaciones provenientes de Singapur. Por lo que hace al plan de Koizumi para incluir a China, Corea del Sur, Australia y Nueva Zelanda en el futuro, es una razón más para dudar sobre sus compromisos con el Sudeste de Asia. En realidad, esa propuesta de ampliación de acuerdos potenciales de libre comercio parece ser un simple endoso de la propuesta de APEC que busca una forma de cooperación bajo el estandarte de “regionalismo abierto”.

#### EL INCIDENTE EN EL CONSULADO EN SHENYANG

En el ambiente internacional de lucha contra el terrorismo, posterior al 11 de septiembre, Estados Unidos se ha vuelto más unilateral en sus vínculos con otros países. En esa medida, la República Popular China buscó frenar la influencia estadounidense mediante el afianzamiento de una posición establecida en el nuevo orden global. En estas circunstancias, Japón intentó también establecer una política diplomática basada en sus intereses nacionales.

Ciertamente, el trato que Japón dio a China en 2002, tuvo momentos difíciles, principalmente en lo relativo a las posiciones que ambos países guardan en relación con el este asiático, pero en particular con un vecino que, a la luz de los cambios acaecidos en el escenario internacional después del 11 de septiembre, se ha vuelto cada vez más incómodo: Corea del Norte. En este sentido, el incidente en el Consulado de Shenyang provocó el endurecimiento del tono del discurso japonés para con sus vecinos cercanos y buscó dar respuestas claras en materia de definiciones políticas y estratégicas para la política exterior japonesa. Este último propósito, sin embargo, no se alcanzó plenamente debido, entre otras razones, a la incapacidad del gobierno japonés para resolver las incesantes disputas que envuelven a su Ministerio del Exterior.

El 8 de mayo, cinco personas, dos hombres y dos mujeres, una de ellas cargando un niño de tres años, intentaron penetrar al Consulado general japonés en Shenyang, a 30 kilómetros de Pekín, en busca de asilo político. En apariencia, el pequeño grupo compuesto por norcoreanos intentaba asilarse provisionalmente en el Consulado japonés para emigrar con posterioridad a Corea del Sur.

Los hombres lograron superar a los guardias chinos apostados en la reja exterior y entraron a la sala de espera de la oficina encargada de las solicitudes de visa. Sin embargo, las mujeres y el niño fueron detenidos inmediatamente después de la entrada del complejo. Según fuentes japonesas, las mujeres gritaron en busca de ayuda al momento de rebasar la reja, pero sin haber llegado a la sección de visas. Después de someter a las mujeres, la policía penetró al complejo, atrapó también a los dos hombres y los escoltó a una estación policial fuera del Consulado.

Los empleados consulares japoneses observaron el incidente pero no tuvieron una comunicación directa con los asilados potenciales. Al parecer estos mismos empleados solicitaron a la policía que no transfiriera a los involucrados a la estación de policía hasta que no recibieran instrucciones de Tokio. No obstante, el grupo de norcoreanos fue llevado a una oficina de seguridad pública.

Dos días después del incidente, el ministro de la Embajada japonesa en China, Kunio Takahashi, hizo pública una protesta formal del gobierno japonés al señalar que la policía china había violado la Convención de Viena sobre relaciones diplomáticas. El ministro solicitó, asimismo, que los cinco individuos arrestados por la policía china fueran entregados al Consulado general japonés.

De igual modo, el subsecretario de Relaciones Exteriores de Japón llamó al embajador chino para tener pláticas sobre el incidente en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Tokio. En esa ocasión el subsecretario japonés señaló al embajador chino que el incidente era “extremadamente lamentable” y que “el acto viola la provisión de la convención de Viena sobre relaciones diplomáticas que define las premisas de una misión extranjera como inviolable”. El embajador chino Wu Dawei, por su parte, señaló que la acción del gobierno chino atendía justamente la provisión de la Convención de Viena.

La misma versión se repitió en Pekín por el vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores, Kong Quan, quien mencionó que la detención de los invasores del complejo fue ejecutada para proteger al Consulado general japonés de cualquier daño, justo en obediencia al artículo 31 de la Convención de Viena.

No obstante, el subsecretario japonés insistió en que su gobierno quería que las cinco personas detenidas fueran regresadas al consulado y que esperaba del gobierno chino una detallada explicación de lo que había sucedido en el Consulado general. Según la versión del gobierno japonés, las cinco personas habían sido apresadas después de que el personal del Consulado general había solicitado a la policía china que no se las llevara.

Otros funcionarios públicos del gobierno japonés criticaron también la acción policiaca por parte del gobierno chino. El presidente de la Comisión de Seguridad Pública Nacional del gobierno de Japón, Jin Murai, mencionó que, en sentido estricto, esa acción podría ser considerada como un secuestro, puesto que las personas que fueron apresadas habían llegado ya a la sección de solicitud de visas y estaban “tratando de llenar su solicitud”. Por su parte el jefe de la Agencia para la Defensa, Gen Nakatani, también criticó la acción y añadió que los frustrados solicitantes de asilo debían ser entregados inmediatamente al gobierno japonés.

En respuesta a la postura mostrada por el gobierno japonés, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular China emitió una declaración que señaló el consentimiento previo del vicecónsul japonés para que la policía entrara en el Consulado y arrestara a los invasores. La declaración también puso especial énfasis en el hecho de que el vicecónsul dio su permiso para que el personal de seguridad china se llevara a las personas y que el mismo vicecónsul mostró su agradecimiento por el desalojo.

La conmoción acerca del frustrado caso de asilo en el Consulado trajo a la memoria de ambos gobiernos un incidente similar acaecido en Tokio en 1998, fecha en la que funcionarios del Departamento de Policía Metropolitano de Tokio penetraron en la Embajada china para apresar a un hombre “no identificado” que había sido sometido por personal de la Embajada. En ese incidente un número no determinado de oficiales de policía entró a la Embajada sin consentimiento oficial porque se trataba de “una emergencia”.

En el caso de la invasión al Consulado japonés en Shenyang, una versión distinta a la de su propio gobierno fue dada por el embajador japonés en China, Koreshige Anami. Éste mencionó que el personal de la Embajada tenía muy clara la orden de impedir cualquier intento de solicitud de asilo —particularmente por parte de norcoreanos— puesto que eran considerados como “subversivos potenciales”.

Para tratar de solucionar el incidente, el gobierno chino dijo que si Japón desistía de su reclamo, en el sentido de que la policía china había apresado a los norcoreanos en el Consulado general en Shenyang sin el consenti-

miento de los funcionarios japoneses, el gobierno de China enviaría a los norcoreanos a un tercer país como muestra de cooperación. El gobierno japonés, sin embargo, se mostró poco dispuesto a aceptar la propuesta china, por lo que el incidente se convirtió en un elemento más que contribuyó a enturbiar aún más las aguas entre ambos países, paradójicamente en el trigésimo aniversario de la reanudación de sus relaciones diplomáticas en 1972.

La decisión final de parte del gobierno chino, el 22 de mayo, fue que los cinco “asilados” norcoreanos abandonaran China con rumbo a Corea del Sur para acabar con la incertidumbre y con la disputa diplomática con Japón. En Japón, por el contrario, los partidos políticos pidieron a la nueva ministra de Relaciones Exteriores, Kawaguchi, un castigo ejemplar para los diplomáticos encargados del manejo de la crisis del Consulado. La llegada de los refugiados a Seúl puso el foco de la discusión en decidir quién dentro del gobierno debería de asumir la responsabilidad de esa crisis diplomática y, de acuerdo con las declaraciones emitidas por la ministra de Relaciones, se considerarían todas las “medidas disciplinarias en ese proceso”.

#### LAS PRESIONES ESTADUNIDENSES SOBRE LA DESFALLECIENTE ECONOMÍA JAPONESA

Durante 2002, el problema de los préstamos fallidos y el de la deflación se encontraron nuevamente en el centro de las discusiones gubernamentales y de la sociedad japonesa en general. El proceso deflacionario y las pérdidas potenciales fueron temas que se convirtieron en un lugar común de debate entre los agentes del mercado y entre los que deciden la política económica del país, quienes buscan desesperadamente sacar a la economía japonesa del enorme bache en el que se encuentra.

Todo eso ha contribuido a que, en los años recientes, circulen profusamente diversos rumores sobre el surgimiento de una crisis, en especial cuando se aproximan los meses de marzo o de septiembre. En los últimos años, aquellos interesados en influir en las políticas de gobierno, han predicho con insistencia crisis de gobierno o cambios dentro del equipo de administración pública, particularmente en el mes de marzo. Esos presagios se han efectuado, por lo general, justo en los momentos en los cuales se dan los cierres de los balances corporativos, los pagos de las cuentas y el cierre y apertura de los años fiscales.

Estas predicciones, más bien encaminadas a posicionar políticamente a quienes las difunden, aparecieron nuevamente en el primer año del siglo XXI. Entonces se auguraba un cambio en el ambiente político y económico de Japón con Junichiro Koizumi quien, en abril de 2001, llegó al cargo de primer ministro con la consigna de “reformas sin las vacas sagradas” y mantuvo un alto nivel de apoyo público y de popularidad para su gabinete. El ambiente de cambio estuvo marcado por un evidente contraste con su predecesor, Yoshiro Mori, cuyo apoyo público, si alguna vez lo tuvo, después de su “irregular” llegada al cargo, simplemente se le desvaneció de entre las manos y cayó a niveles sin precedentes en la historia política del país.

Una mirada a la condición económica de la nación en el primer año de gobierno de Koizumi reveló que, en realidad, el primer ministro enfrentaba a los políticos opositores de sus reformas dentro del PLD, quienes solicitaban una inyección de fondos públicos, ya que no vislumbraban ninguna perspectiva de recuperación económica. Además, el gobierno planeaba retirar la garantía en todos los depósitos de las instituciones financieras que fracasaron en disponer de los préstamos irrecuperables. En cambio, se pensaba que en el mes de abril se podría causar una crisis financiera con quiebras bancarias y empresariales.

La bandera de la “reforma sin vacas sagradas” tuvo, de esa manera, destinatarios precisos identificados entre los miembros de las facciones que se oponían a esas reformas dentro del propio Partido Liberal Demócrata, curiosamente el partido que llevó al poder a Koizumi. Las corrientes anti-reformistas del partido resintieron el embate impulsado por Koizumi y se agruparon para defender sus cotos de poder incluyendo a aquellos legisladores vinculados estrechamente con distintos grupos de interés económico. De esa forma, las facciones anti-Koizumi, tales como la liderada por el ex primer ministro Ryutaro Hashimoto, eran los principales críticos.

Otro ex primer ministro, Yasuhiro Nakasone, y también opositor de Koizumi, predijo que este último enfrentaría un momento crítico durante la primera mitad de 2002, cuando las grandes y pequeñas empresas establecieran sus cuentas anuales y mostraran la condición económica en la que se encontraban. Si los balances finales de las compañías resultaban extremadamente pobres, el círculo comercial exigiría que Koizumi hiciera de lado su programa de reforma y gastara el dinero de los contribuyentes en estimular la economía. Según las palabras de Nakasone para presionar a Koizumi, “el momento crítico será en marzo, cuando las empresas establezcan sus cuen-



tas”. El jefe de la facción de Hashimoto, por su lado, hizo eco de la crítica de Nakasone diciendo que “en marzo, Koizumi enfrentará un momento muy difícil y tendrá que considerar si cambia sus políticas de reforma por un paquete de estímulo económico”.

La lucha interna tuvo sin duda el ingrediente de las presiones externas para que Japón reiniciara el camino a la recuperación económica mediante el saneamiento de su economía. Así, las presiones provinieron de parte del mismísimo presidente de Estados Unidos, George W. Bush, quien en febrero de 2002 señaló, ante la Dieta japonesa, la importancia de la alianza entre Japón y su país. En ocasión de su visita a Japón, Bush subrayó la importancia de garantizar la seguridad en Asia-Pacífico mediante la disuasión de cualquier posible agresión en contra de Corea del Sur y de un compromiso continuado para defender a Taiwan.

En parte de su discurso, George W. Bush agregó: “buscamos una región pacífica donde la proliferación de proyectiles y armas de destrucción masiva no amenacen a la humanidad”. No obstante, Bush no olvidó apurar a Japón para llevar a cabo las reformas impulsadas por Koizumi y, sobre todo, liquidar, de una vez, los préstamos irrecuperables del sector bancario.

Días antes, el entonces Secretario del Tesoro Paul O’Neill había también enfatizado que Japón debía establecer metas específicas para sacar adelante la economía y lograr el crecimiento deseado sin recurrir a un yen débil para reavivarla. En ese entonces, O’Neill señaló que “Estados Unidos apoya al primer ministro Koizumi para tomar las acciones más firmes sabiendo que los mercados responderán positivamente a esas políticas”.

Ante semejantes solicitudes y apoyos, el primer ministro Koizumi se sintió con “la suficiente confianza y valor” para continuar su agenda de reforma estructural y encarar a sus opositores internos. Su argumentación consistía en afirmar que su gobierno tomaría todas las medidas posibles para prevenir una crisis financiera referente a los problemas de préstamos fallidos. “Aunque la disposición de préstamos irrecuperables está llevándose a cabo, el gobierno se ha preparado para tomar las medidas que sean pertinentes para prevenir una confusión mayor”, dijo Koizumi en su primera conferencia del año en la residencia oficial. Sus comentarios se dieron justo cuando la economía continuaba deteriorándose y la tasa de desempleo ascendía. Koizumi también destacó su resolución para empujar su reforma en 2002 y que ésta fuera “tranquila y pacífica”.

Además, Koizumi negó que el gobierno retrasara la introducción, en el mes de abril, de un sistema con el que el gobierno garantizaría únicamente

los depósitos de más de 10 millones de yenes en las instituciones financieras en quiebra, en oposición al sistema en vigor que garantizaba la cantidad total aunque fuera menor a ese tope. “No considero posponer su introducción”, afirmó Koizumi, y añadió que era poco probable disolver la Cámara Baja o recomponer su Gabinete Ministerial. “Los miembros de la Cámara todavía tienen dos años y medio y no debe disolverse a menos que haya una razón especial para eso. Me gustaría proseguir con mi reforma sin tener que pensar sobre una elección en este año”, aseguró en su mensaje.

Para el caso concreto de la economía japonesa de 2002, posterior a esas declaraciones y pronósticos de índole política, conviene mencionar que los indicadores económicos se vieron en condiciones extremadamente desventajosas. Esto sobrevino cuando la economía entró en una espiral deflacionaria dada la constante disminución general de los precios y el declive en la economía a raíz de la incertidumbre agravada por los ataques terroristas. Además, la creciente aprehensión acerca del sistema financiero aumentó las preocupaciones acerca del posible fracaso de gran parte de los bancos comerciales que se habían mostrado incapaces de mantener el paso en lo que hacía a la disposición de los préstamos fallidos. Los bonos y el yen también cayeron y las estadísticas gubernamentales mostraron signos de un ambiente económico cada vez más difícil.

Como se recordará, los indicadores económicos clave estuvieron en depresión durante la crisis financiera de octubre de 1998, durante el periodo de contracciones y bancarrotas de marzo de 2001 y durante los temores mundiales de recesión inmediatamente después de los ataques terroristas. Pero, comparados con esas crisis anteriores, los indicadores económicos de 2002 fueron peores. El gasto de consumo bajó drásticamente, el nivel de los bonos cayó y el desempleo osciló alrededor de una tasa récord de 5.6%. El precio de las acciones alcanzó su nivel más bajo desde la explosión de la economía de burbuja de los años noventa y el tipo de cambio transitó por rangos cercanos a los 130 por dólar en la primera mitad del año. Desde luego que los mayores riesgos involucraron al sector bancario, pero el resto de la economía compartió la incertidumbre del futuro, toda vez que los problemas bancarios podían transmitirse a los sectores industriales.

A pesar del negro panorama, Koizumi pudo sortear la crisis financiera primaveral que le habían predicho sus opositores, no sin antes ceder aspectos fundamentales en sus planes iniciales de reforma. En el problema de la reorganización de las corporaciones públicas especiales, por ejemplo, que fue el primer paso llevado a cabo para cumplir la reforma estructural, Koizumi

declaró “la abolición o privatización como principio” pero, con el paso del tiempo, esas reformas se pospusieron o cambiaron de nombre.

Finalmente, por lo que toca al anuncio del programa gubernamental para eliminar los préstamos fallidos, éste fue pospuesto debido a las objeciones provenientes del Partido Liberal Demócrata. De acuerdo con los grupos más poderosos del partido, las propuestas podrían ser sumamente dolorosas para los bancos y sus deudores corporativos, pero lo más importante era que el programa no ofrecía las medidas suficientes como para aminorar el choque. Y, efectivamente, los críticos tenían razón cuando argumentaban que el gobierno necesitaba minimizar el impacto negativo (bancarrotas y desempleo) asociado con el saneamiento de los préstamos fallidos.

No hay que olvidar, sin embargo, que los señalamientos del partido tenían otras implicaciones más relacionadas con exigir un mayor gasto en obras públicas y generar un presupuesto suplementario que las simples objeciones al programa propuesto. En esa lucha de fuerzas internas lo único que resultó fue el empeoramiento de las condiciones económicas del país.

Por esa misma razón, no fue extraño que la compañía estadounidense Moody's Investor Service anunciara, en mayo, la degradación de los bonos gubernamentales japoneses bajo el argumento de que: “el asunto más importante que enfrenta el gobierno japonés es la deflación y mientras más tiempo pase para tomar las medidas necesarias para enfrentarla, mucho más difícil será resolver los otros problemas económicos”. La degradación de Moody's ubicó a Japón en el mismo nivel que tenían, por ejemplo, Botswana y otros países en desarrollo. Al igual que Moody's, otra compañía calificadora, Standard and Poors, redujo, en abril, su calificación sobre Japón a un AA-, el nivel más bajo entre los países miembros del G-7 y apenas igualado con países tales como Malta, Chipre y la República Checa.

El incremento de la presión estadounidense hacia Japón para acelerar el manejo de los préstamos irrecuperables de los bancos continuó dándose a lo largo del año y causando inquietudes en la opinión pública japonesa que podrían haber dañado las relaciones bilaterales.

Así, en un intento por reiniciar su plan de reformas con la gente adecuada y contradiciendo sus declaraciones de inicios del año, el primer ministro japonés cambió a los ministros de Economía y Servicios Financieros como un primer paso para marcar el inicio del fin de lo que amenaza ser una larga agonía en el sistema bancario japonés. El primer ministro quiso mostrar su interés en la cancelación de los préstamos fallidos al remover al anterior ministro encargado de los asuntos financieros, Hasuo Yanagisawa, quien defen-

día la idea de que “los bancos se encuentran en una situación saludable” y era muy precavido acerca de medidas radicales tales como inyectar fondos públicos a los bancos. Con el nuevo equipo, con Heizo Takenaka a la cabeza, demostraría supuestamente la resolución de su administración para tener un acercamiento unificado al problema de los préstamos fallidos.

El cambio en el gabinete fue su manera de mostrar su “determinación para actuar” y esa acción fue también una respuesta a las señales enviadas por el Banco de Japón acerca de sus intenciones de comprar acciones bancarias. La intención del banco japonés fue tomada con un gran escepticismo e incluso con mordacidad (“droga temporal” fue uno de los calificativos dados a esa medida), pero esa acción fue una muestra palpable de la convicción por parte del gobierno japonés de comenzar a “limpiar la casa”. La decisión del primer ministro de dar dos Ministerios a un solo funcionario, Takenaka, fortaleció las oportunidades de suministrar dinero público a la recapitalización bancaria.

La mayor parte de los japoneses apoyó el cambio en la composición del gabinete llevado a cabo por el primer ministro a fin de estimular la recuperación de la economía del país y sin tomar en cuenta las expectativas de los partidos participantes en la coalición en el gobierno y, sobre todo, a las facciones dentro del partido liberal demócrata.

Con esos antecedentes, las protestas no se hicieron esperar, tanto en el Partido Liberal Demócrata como en la burocracia del Ministerio de Finanzas, en contra de la nominación del secretario. La vieja guardia del PLD reaccionó desfavorablemente ante la recomposición del gabinete, pues consideraba que el gasto en obras públicas era una prioridad más urgente para el gobierno y que debía ser ejecutada inmediatamente. Por su lado, los burócratas temían que la concentración del poder en un solo ministro pudiera poner fin al dominio del ministerio sobre los asuntos financieros y fiscales. La recomposición del gabinete demostró que el primer ministro parecía estar realmente comprometido con sus reformas estructurales y que éstas entraban en una fase de implementación en lugar de una simple intención.

En ese panorama, el subsecretario del Tesoro de Estados Unidos para asuntos internacionales, John Taylor, dio su apoyo a las reformas bancarias de Takenaka, encargado del Ministerio de Economía y del de las Políticas Fiscal y Financiera, y quien había impulsado con una mayor velocidad el manejo y disposición de los préstamos irrecuperables. Taylor señaló que “el primer ministro ha establecido algunos principios para manejar los préstamos irrecuperables y estoy totalmente de acuerdo con ellos. Tienen sentido y

los apoyamos totalmente”. Agregó también que el gobierno japonés debía inyectar dinero de los contribuyentes en el sector bancario sin retraso alguno para reforzar el sistema financiero japonés.

En otros ámbitos, existía la creencia de que la celeridad aconsejada por Estados Unidos para disponer de los préstamos irrecuperables podría causar una reacción en cadena de fracasos en instituciones financieras y bancarrotas corporativas que, al final, atraería a los inversionistas extranjeros para apropiarse de las empresas japonesas en problemas. Esos temores fueron expresados por distintos funcionarios de empresas japonesas en el sentido de que “la dirección que ha tomado la política económica japonesa tiene una alta estima en el exterior, pero necesitamos poner atención a los posibles intentos por parte de compañías extranjeras para adquirir empresas japonesas. Obviamente tiene que haber demandas para que se proteja el interés nacional”.

Ciertamente, muy poca gente en Japón rechazaba la idea de que la disposición de los préstamos irrecuperables era una de las tareas más urgentes que enfrentaba el país, pero existía una división en el sentido de que el acercamiento propuesto por el ministro Takenaka fuera el más adecuado. Así, mientras más intensa era la presión que ejercía Estados Unidos a Japón para impulsar medidas drásticas en el manejo de los préstamos, más alarmado estaba el empresariado japonés sobre las verdaderas intenciones de los exhortos estadounidenses.

Lo que era un hecho era que detrás de las presiones para que Japón limpiara, de una vez por todas, sus préstamos bancarios, se encontraba el temor de que Japón pudiera estar imposibilitado para ser un aliado confiable de Estados Unidos. Esas preocupaciones podrían ser contraproducentes en la medida en que imponían mayores presiones para la estabilidad política interna de Japón.

En una muestra más para mantener la confianza del exterior en la recuperación de la economía, el gobierno de Koizumi hizo público el Documento Blanco en finanzas y economía en el mes de noviembre. El Documento tuvo el mismo subtítulo que el informe del año 2001, es decir: “No habrá ganancias si no hay reformas II” y en él se propuso acelerar la disposición de los préstamos fallidos de los bancos. No obstante, el Documento no indicó el sentido de determinación por parte del gobierno y del Banco de Japón para tomar las medidas fiscales y financieras más propicias para reanimar la economía y, acaso, sirvió para postergar las soluciones para mejores tiempos.

De esa forma, con un Documento Blanco sin explicaciones claras y sólidas y con paquetes de estímulos más cercanos a postergar que a dar soluciones, el primer ministro Koizumi admitió que, a pesar de sus esfuerzos, la economía no se había activado y pidió a la nación que esperara que sus programas de reforma dieran frutos. En un discurso de política, al finalizar el año, Koizumi señaló que sus reformas estructurales procederían a toda velocidad en 2002, que se lograrían los primeros resultados en 2003 y estarían seguidos por un crecimiento económico estable y sostenido en 2004. Koizumi declaró finalmente que: “Mis programas de la reforma todavía están a la mitad”; sin embargo, no pudo mostrar ningún mecanismo que indicara la solución al problema económico del país.

#### BARRUNTOS DE CRISIS POLÍTICA PARA 2003

En el campo de la política, el gabinete de Koizumi entró en 2002 en una peligrosa espiral que amenaza con convertirse en un desenlace poco favorable en 2003. En principio, vale mencionar que la imagen de su administración tuvo un mal comienzo del año por una serie de escándalos que involucraron a Muneo Suzuki, un miembro de la Cámara Baja y prominente ejecutor de la política dentro del Partido Liberal Demócrata, y el despido como ministra de Relaciones Exteriores de Makiko Tanaka.

Suzuki fue obligado a dejar el PLD en marzo en razón de su participación en una serie de escándalos, entre los que se encontraba haber sido arrestado por aceptar sobornos de compañías a cambio de su influencia en la asignación de contratos de obras públicas. Dos meses antes, Makiko Tanaka fue despedida por Koizumi como ministra de Relaciones Exteriores a pesar de haber desempeñado un papel determinante para llevarlo al cargo de primer ministro.

Tanaka entró en conflicto justamente con Suzuki y, con él, con los burócratas más encumbrados del Ministerio de Relaciones Exteriores y del PLD. La hija del fallecido ex primer ministro Kakuei Tanaka, llegó al auge de su disputa en enero, durante una conferencia sobre la reconstrucción de Afganistán en la cual se impidió la participación de las organizaciones no gubernamentales. De acuerdo con Tanaka, Muneo Suzuki presionó para obstruir la participación de las ONG porque “eran críticos del gobierno”. Tanaka admitió públicamente la manipulación de Suzuki, pero habida cuenta que éste era el presidente del Concilio de Ayuda Económica para el Extranjero

del PLD, mantenía un enorme poder e influencia en el Ministerio del Exterior, con capacidades para manipular incluso los presupuestos de ayuda y de desarrollo sectorial.

A raíz del despido de Tanaka, la percepción del apoyo popular a Koizumi disminuyó en cerca de 24 puntos llegando a 53%. Por otro lado, el rechazo de su administración se ubicó en más del doble y alcanzó 34% en comparación a 12% alcanzado por Koizumi en los inicios de su administración. Las declaraciones hechas sobre la fortaleza del gabinete de Koizumi, por parte del presidente del partido político de oposición, fueron significativas: “El Gabinete de Koizumi se ha vuelto un Gabinete común y corriente” dijo Yukio Hatoyama, líder de Minshuto (Partido Democrático de Japón). “Las estadísticas están en un nivel que requiere urgentemente la disolución de la Cámara Baja”.

A partir de esa idea y de la evolución misma de la economía, los embates de los opositores a Koizumi, dentro y fuera de su partido, fueron en constante ascenso. En términos políticos, la muestra más palpable fue sin duda la moción de no-confianza en su gabinete promovida por el propio Partido Democrático en el mes de julio. En ese mes, en vísperas del término de la sesión de Dieta, la Casa de Representantes rechazó la moción de no-confianza en contra del Gabinete sometida por los partidos de oposición y se rechazó por una votación de 280 a 185. El Partido Democrático Liberal, Nuevo Komeito y el Partido Conservador, es decir, la alianza gobernante que conforma la mayoría en la Dieta fueron los encargados de rechazar la propuesta.

Ésa fue la primera vez que el gobierno de Koizumi enfrentó un movimiento de no-confianza desde su inauguración en abril de 2001. Entre algunos de los argumentos contenidos en la moción se señalaba que: “Aunque los aumentos en las quiebras corporativas, en la tasa de desempleo y en el suicidio se han vuelto graves problemas sociales en Japón, el Gabinete de Koizumi no ha sabido tomar las medidas eficaces para combatirlos... El público ha sido defraudado por Koizumi y exigimos la renuncia de su Gabinete lo más pronto posible.” Después de que el bloque gobernante rechazó la moción, Yukio Hatoyama, cabeza del Partido Democrático de Japón, mencionó: “Koizumi no ha hecho ningún progreso y temo que pueda continuar dañando la vida de la gente con sus políticas”.

Tampoco el Minshuto, por cierto, se escapó de recibir reveses políticos en 2002. En la elección para la presidencia del PDJ del 23 de septiembre, Yukio Hatoyama se reeligió como el líder del partido a pesar del fuerte desafío que representaba el secretario general, Naoto Kan. Hatoyama había nom-

brado a Kansei Nakano como nuevo secretario general como muestra de gratitud después de su elección. Sin embargo, esa nominación desencadenó una feroz crítica dentro y fuera del partido que trajo como resultados, primero, que el PDJ sufriera una de las derrotas más estrepitosas de su reciente historia en las siete elecciones parciales del 23 de octubre y, segundo, que la popularidad de Hatoyama cayera irremisiblemente.

A tal punto fue la debacle del PDJ que, el 29 de noviembre, Hatoyama sostuvo charlas secretas con Ichiro Ozawa, el líder del Partido Liberal, para alcanzar un acuerdo de fusión de sus respectivos partidos en uno solo. La táctica de Hatoyama consistió en crear un nuevo partido con él como el líder, pero sin ninguna oportunidad de rivalizar con el resto de los partidos en términos políticos y, mucho menos, ideológicos. Para muchos analistas políticos, los partidos de oposición debían unir sus fuerzas en el futuro pero no creían que hubiera una razón verdaderamente válida para hacerlo en esos momentos, y no entendían por qué Hatoyama había lanzado una campaña para un súbito realineamiento del campo opositor.

La verdad en el nacimiento de un nuevo partido tuvo a la voracidad como su razón principal. La creación de lo que sería el “Nuevo Partido Conservador” (Hoshu Shinto, en japonés) no tuvo ni declaraciones de política ni plan alguno para mejorar las condiciones de la nación. Un asunto largamente estudiado fue, en realidad, una manera de conseguir más subsidios gubernamentales. Y es que desde la adopción del sistema de distrito electoral con un solo asiento, sobrevivir se ha vuelto muy difícil para los partidos pequeños. Mientras el Komeito y el Partido Comunista han tenido bases sólidas de apoyo, otros partidos, como el Liberal y el Democrático Social, se han sostenido por la popularidad personal de sus líderes, Ichiro Ozawa y Takako Doi respectivamente.

El Partido Conservador tenía que disolverse y formar un nuevo partido para aceptar legalmente a los miembros del grupo del Minshuto que habían sido elegidos por representación proporcional. Así, el Nuevo Partido Conservador tuvo que ser fundado antes del primero de enero para tener derecho a calificar por los subsidios gubernamentales.<sup>2</sup> El nuevo partido fue pues una colección de políticos que antepusieron las relaciones y los beneficios perso-

<sup>2</sup> Si el Hoshuto recibió aproximadamente 450 millones de yenes por concepto de subsidios gubernamentales en 2002, los miembros del Nuevo Hoshuto conseguirán unos 20 millones de yenes adicionales para 2003, simplemente porque tienen un miembro más en la Dieta.



nales a los principios y a la política, tal y como ha ocurrido en Japón desde hace diez años.

El Hoshu Shinto, que significa “Nuevo Partido Conservador”, es ahora un compañero más en la unión revolvente en el gobierno junto con el Partido Democrático Liberal y Nuevo Komeito y consta de diez miembros de la Cámara Baja y cuatro pertenecientes a la Cámara Alta. Tres miembros de Hoshuto, incluyendo al presidente Takeshi Noda, rechazaron formar parte del nuevo Partido Hoshu y decidieron mejor acogerse una vez más al PLD. La aparición del partido refleja la intención por lograr un equilibrio entre los ex miembros de Hoshuto y los de Minshuto.

Lo cierto también es que la popularidad de Koizumi como primer ministro ha empezado a decaer y se han dado muestras de descontento, resistencia y contraataque dentro de su propio partido, el PLD. Las severas críticas sobre su conducción económica están creciendo enormemente y, aunque es casi seguro que la administración de Koizumi sobreviva hasta el segundo semestre de 2003, los augurios no son nada halagüeños ante la elección presidencial del PLD en septiembre y ante la posibilidad de que, en junio de 2003, se disuelva la Cámara de Diputados una vez que haya finalizado la sesión ordinaria de la Dieta.

## APÉNDICE

---

<i>Nombre oficial</i>	Japón
<i>Capital</i>	Tokio
<i>Extensión territorial en miles de km<sup>2</sup></i>	378
<i>Población en millones (1999)</i>	127
<i>Religión(es)</i>	Mayoría sintoísta. Existe una minoría budista, protestante y católica
<i>Idioma(s)</i>	Japonés
<i>Moneda</i>	Yen/Y*
<i>Gobierno</i>	Democracia representativa
<i>Jefe de Estado</i>	El emperador Akihito
<i>Principales organizaciones políticas</i>	Coalición de tres partidos: Partido Liberal Demócrata, Hoshuto, Nuevo Komeito Minshuto, Partido Comunista Japonés, Partido Liberal, Partido Social Demócrata
<i>Miembros clave del gobierno:</i>	
<i>Primer ministro</i>	Junichiro Koizumi
<i>Ministros clave</i>	
<i>Finanzas</i>	Masajuro Shiokawa
<i>Relaciones Exteriores</i>	Yoriko Kawaguchi
<i>Comercio Internacional, Industria y Economía</i>	Takeo Hiranuma
<i>Gobernador del Banco Central</i>	Masaru Hayami

---

\* Véase anexo estadístico para tipo de cambio.